



E

Editorial

Sucede que viven en una isla

Es tal el elitismo centralista y la contradicción por la cuestión de género en La Moneda y el Congreso, que lo que pase acá ya no le importa a nadie.

Sucede que viven en una isla, como decía Zurita. Y esa isla se llama La Moneda, un lugar que termina por conquistar y desorientar hasta al más pintado, obligándolo a enamorarse de sí mismo, haciéndolo renegar de todo aquello en lo cual alguna vez creyó y, finalmente, obligándolo a caer en la tentación de encerrarse en un mundo donde todos los demás son poco más que su propia e indulgente referencia.

El globo que le estalló en la cara al autodenominado primer gobierno feminista de la historia de Chile no es casual, sino que responde a la autosuficiencia de una de las generaciones más mezquinas y predicantes que hayan pasado por el poder. Desde “el violador eres tú” de las hoy afónicas Tesis hasta el “amiga, yo te creo” frenteamplista existe un trecho demasiado amplio como para ser obviado. Y ese trecho es precisamente el límite que abarcan sus intereses y que lamentablemente excluye los pecados propios y lo que ocurre en las despreciables y olvidadas otras regiones del país.

Hoy muchos apuntan a la ministra de la Mujer, Antonia Orellana, de prometedora e influyente arranque en la actual administración, pero dejada en completo fuera de juego por una línea trazada arteralmente por sus propios compañeros. Primero, cuando se le ocultó el caso Monsalve (estaba en el Comité para la Eliminación de la Discriminación contra la Mujer en Suiza, ¡vaya paradoja!) y luego, cuando terminó entre amurrada y aislada por el manejo del que contradictoriamente quizás sea el gobierno más absurdamente machista y torpe de las últimas décadas. Ya nadie se acuerda de que fue por el impulso de Orellana que se incorporaron las agresiones sexuales al sistema de salud GES, que se promulgó la Ley Antonia para ampliar el plazo de prescripción de los delitos sexuales en contra de mayores de edad, que la Reforma de Pensiones incluye beneficios especiales para mujeres cuidadoras y que la Ley “Papito Corazón” ya ha recuperado cientos de pensiones de alimentos.

Pero el poder e influjo de Orellana nunca consiguió permear más allá del primer peaje de la 5 Norte o la Ruta 68. En el caso de nuestra Región, hechos como los denunciados en Santiago no suelen pasar de un sumario sin fin en el municipio de turno (pregúntele a Jorge Sharp), a nadie le importan y pocos son capaces de decir sin equivocarse el nombre de la actual seremi de la Mujer y Equidad de Género.

Dicho lo anterior, haber tapizado el Estado con comisarías de género, inaugurar caletas con perspectiva o contratar millonarias asesorías con tal énfasis en ministerios técnicos puede hasta quedar en la mera anécdota. Pero existen ocasiones en las cuales el género no llega y si lo hace, tampoco marca diferencia alguna. ¿Qué fue, sino eso, el que una vez apagadas las cámaras de TV las tres “ministras de enlace” de la emergencia cerraran los ojos, se fueran a Santiago y abandonaran a su suerte a unos 21 mil damnificados (más del 55% de los hogares son liderados por mujeres), víctimas de un fuego provocado por empleados de entes del propio Estado, sin que nadie levantara una ceja en La Moneda?

Y la impaciencia como una brasa se desparrama...